

# SEGUNDO CANTO EPILIRICO

Antiguo sacerdote de mis cielos secretos  
loco de mundo y de contrarias garras  
vengo a cantar el ensueño y el pan  
y a conducir a mi pueblo al horizonte.  
Vengo a aclarar los sucesos del día  
la breve gravedad de esos céntimos de vida  
el nocturno temor a las heridas.  
Vengo a silbar por las aceras como un tigre acosado,  
como un corazón desierto con púas de ternura  
vengo a horadar la tortilla gris de los talleres  
a beber un vaso derramado cuando amanece sangre  
y a mezclar en el sudor fornido de los destripaterrones  
la libertad solar de mi justa intemperie.  
Vengo a caminar abandonado con mi gloria y mis dientes  
y a esa masa de pena darle un nombre y la espada  
a esa masa de pena que lentamente asciende  
como un río de incendios sin zapatos  
hacia el oscuro morador de las ciudades  
en el atardecer tan lindo.  
Vengo con mi hueso cruel tardamente,  
tardamente a crecer como violenta aurora  
sobre lívidas almohadas de escolares  
sobre sábanas tristes donde las vírgenes de labios dulces  
escuchan el llanto de niños misteriosos  
donde las gentes mueren con dos lágrimas redondas  
donde se hace el amor tan ricamente y pasan los estíos.  
Vengo yo pues, de no sé dónde, tejido por edades remotas  
a cantar como sea, por mares, por ventanas, por olvidos y trigos  
cumpliendo con mi instinto, con mi gana traidora, con mi risa y mi fuego.  
Cada lunes, cada lunes dolorido bajo la lluvia  
mil años al menos o mil siglos  
un muerto solloza en la cocina silenciosa  
y en un dorado olivo vuelve a nacer mi sed.

Mayo-1951.

Miguel LABORDETA